



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

09.- Jesús sana a un leproso



unánimes

Estudios Bíblicos

N.09.- Jesús sana a un leproso

1. El texto

Marcos 1:40-45

Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo:

—Si quieres, puedes limpiarme.

Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano, lo tocó y le dijo:

—Quiero, sé limpio.

Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio. Entonces lo despidió en seguida, y le ordenó estrictamente:

—Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.

Pero, al salir, comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.

2. Introducción

Esta narración de la sanación de un leproso aparece también en los otros dos evangelios sinópticos, Mateo y Lucas. Hemos elegido analizar la versión de Marcos porque es la más extendida y le agrega a la narración la desobediencia del leproso recién sanado y el echo de que Jesús no podía entrar abiertamente a la ciudad.

Precisamente cuándo y dónde ocurrió el milagro relatado aquí no se informa en ningún lugar. No obstante, es natural suponer que fue durante la gira por Galilea, a la cual Marcos acaba de referirse en el versículo que precede a la narrativa (*Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios*). En apoyo a esto, consideremos también: “*Él les dijo: —Vamos a los lugares vecinos para que predique también allí, porque para esto he venido.*” relatado en el versículo 38, seguido por la declaración de que la limpieza del leproso ocurrió mientras Jesús estaba “en una de las ciudades” detallado por Lucas en su evangelio. Si esta conclusión es correcta, esta curación probablemente ocurrió antes del llamamiento de los Doce al apostolado y antes del Sermón del Monte.

3. El leproso y la lepra

Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo:

En el Nuevo Testamento no había enfermedad que se considerara con más terror y lástima que la lepra. Cuando Jesús envió a los Doce, les mandó: «Sanad a los enfermos, limpiad a los leprosos» (Mateo 18:8). La suerte del leproso era realmente terrible. E. W. G. Masterman, en Dictionary of Christ and the Gospels, del que tomamos mucho de la información que sigue, dice: «Ninguna otra enfermedad reduce a un ser humano por tantos años a una situación tan repulsiva.» Consideremos en primer lugar los hechos. Hay tres clases de lepra:

3.1. La lepra tuberculosa

Empieza por un letargo inexplicable y dolores en las articulaciones. Más tarde aparecen en el cuerpo, especialmente en la espalda, manchas simétricas descoloridas. En ellas se forman pequeños nódulos, al principio rosas, que luego se vuelven marrones. La piel se pone más gruesa. Los nódulos se agrupan especialmente en los pliegues de las mejillas, la nariz, los labios y la frente. Cambia de tal manera el aspecto total de la cara, que la persona pierde su aspecto humano y parece más, decían los antiguos, como un león o un sátiro. Los nódulos van haciendo cada vez más grandes; se ulceran y echan un pus repugnante. Se les caen las cejas; los ojos se les ponen saltones, la voz se vuelve áspera y le silba el aliento a causa de la ulceración de las cuerdas vocales. También se les ulceran las manos y los pies. Poco a poco el paciente se convierte en masa de bultos ulcerados. El curso normal de la enfermedad es de nueve años y acaba en la pérdida de la razón, coma por fin y la muerte. El paciente se convierte en un ser repulsivo para sí mismo y para los demás.

3.2. La lepra anestésica

Las etapas iniciales son la mismas; pero quedan afectados los nervios. El área infecta pierde la sensibilidad. Esto puede suceder sin que el paciente se dé cuenta y puede que no lo note hasta que sufra algunas quemaduras y descubra que no siente los dolores que serían normales. Conforme se desarrolla la enfermedad el daño que se produce en los nervios causa manchas descoloridas y ampollas. Los músculos se degeneran; los tendones se contraen, hasta el punto de dejar las manos como garras. Siempre se le deforman las uñas. Se producen ulceraciones crónicas en los pies y en las manos seguidas de la progresiva pérdida de los dedos hasta que al final se les cae la mano o el pie enteros. La duración de la enfermedad puede llegar hasta entre veinte y treinta años. Es una especie de terrible muerte lenta por un deterioro progresivo de todo el cuerpo.

3.3. La mezcla entre la lepra tuberculosa y la anestésica

Esta es la lepra propiamente dicha y no hay duda de que había muchos leprosos de esta clase en Palestina en tiempos de Jesús.

De la descripción del Antiguo Testamento particularmente en Levítico 13, se deduce claramente que en los tiempos del Nuevo Testamento el término lepra se usaba aplicándolo a otras enfermedades de la piel. Parece habersele aplicado a la psoriasis, una enfermedad que cubre el cuerpo de escamas blancas, lo que podría ser el origen de la frase “un leproso blanco como la nieve”. Parece que también incluía la tiña, que sigue siendo muy corriente en Oriente. La palabra hebrea que se usa en Levítico es “tsará'at”. Ahora bien, Levítico 13:47 habla de una “tsará'at” de la ropa y la de las casas se menciona en Levítico 14:33. El deterioro de la ropa sería una clase de hongos o moho y el de las casas sería carcoma o líquenes que destruyen la piedra. La palabra “tsará'at”, lepra, en el pensamiento judío parece haber cubierto cualquier clase de enfermedad de la piel. Naturalmente, con los conocimientos médicos en un estado extremadamente primitivo, el diagnóstico no distinguía entre las diferentes clases de enfermedades de la piel e incluía tanto las incurables y mortales como otras no tan fatales y comparativamente leves bajo un término general.

Cualquier enfermedad de la piel de las descritas hacía que el paciente quedara inmundo. Se le echaba de la sociedad; tenía que vivir solo o con otros que estuvieran en la misma situación, fuera del pueblo. Tenía que llevar la ropa desgarrada, la cabeza descubierta, el labio superior tapado y, cuando iba andando, tenía que gritar para advertir su presencia: “¡Inmundo, inmundo!”. Descubrimos la misma situación en la Edad Media, en la que se aplicaba también la Ley de Moisés. El sacerdote, con la estola y el crucifijo, llevaba al leproso a la iglesia y le leía el oficio de difuntos. El leproso era un muerto en vida. Tenía que llevar una túnica negra que todos pudieran reconocer y vivir en un lazareto. No podía asistir a los oficios religiosos, que sólo podía atisbar por “la grieta de los leprosos” que había en los muros. El leproso tenía que asumir no sólo el sufrimiento físico de su enfermedad, sino también la angustia mental y espiritual de estar totalmente desterrado de la sociedad y evitado aun por los suyos.

Si se diera alguna vez el caso de que un leproso se curara, y la verdadera lepra era incurable, por tanto se curaría de las otras enfermedades de la piel, tenía que pasar por una complicada ceremonia de restauración que describe en Levítico 14. Le reconocía un sacerdote. Llevar dos avecillas y se mataba una sobre agua corriente. Se llevaban objetos de madera de cedro, grana e hisopo. Estas cosas y la avecilla viva se mojaban en la sangre de la avecilla muerta; entonces se soltaba la viva. El hombre se lavaba, así como la ropa y se afeitaba. Se dejaban pasar siete días y luego se reconocía otra vez. Entonces tenía que afeitarse todo el pelo del cuerpo. Ofrecía algunos sacrificios de corderos y una cordera de un año sin tacha; tres décimos de un “efa” de flor harina mezclada con aceite y un “log” de aceite. Las cantidades eran menores para los pobres. Al paciente restaurado se le tocaba el lóbulo de la

oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y del pie derecho con la sangre de la víctima y luego con el aceite. Se le reconocía por última vez y si no le quedaban restos de la enfermedad, se le permitía volver a la sociedad con un certificado de que estaba limpio.

Hay algo que debe quedar perfectamente claro: Jesús no menospreció a nadie por el hecho de ser leproso, ni ciego, sordo, etc. Vino al mundo para ayudar, para sanar y para salvar. Algunos con severidad y sin amor juzgaban que los sufrimientos físicos provenían de algún pecado particular de la persona enferma. Por ejemplo, un leproso tenía por necesidad que ser una persona moralmente mala. Cristo condenó terminantemente esta clase de juicios y más bien sanó y perdonó a las personas que venían a Él.

Además, el ministerio de sanidad de Cristo debe constituir un aliento para toda persona u organización que genuinamente se haya envuelto en la tarea de proveer ayuda y cuidado a los necesitados: los diáconos y las diaconisas, obreros e instituciones de auxilio, misioneros médicos, enfermeras, el voluntariado de los hospitales, etc. De esto no se debe inferir que la responsabilidad de prestar ayuda y cuidado a los afligidos recae solamente en ciertos grupos y especialistas. Por el contrario, es un deber que corresponde a todos y, sin lugar a dudas, a todo creyente.

El leproso “vino a Él”, o sea estuvo lo bastante cerca como para ser tocado por el Maestro. Esto es sorprendente, especialmente a la luz de Levítico 13:45, 46: “... y *habitará solo; fuera del campo será su morada*”. Comparemos esto con esto “diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos” que nos narra Lucas en otro de los milagros de Jesús. Este hombre debe haber escuchado bastante acerca de las obras poderosas y misericordiosas de Cristo como para comprender que aquí había alguien a quien uno podía acercarse con esperanza. Por supuesto que no sabía si la ayuda que anhelaba podía ser concedida aun a un hombre “lleno de lepra”. Pero no había nada malo en pedir. Lo hace en forma muy humilde: “de rodillas”, luego inclina su rostro al suelo según indica Lucas y le suplica:

4. La súplica

—*Si quieres, puedes limpiarme.*

De acuerdo a Mateo 8:2 hasta se dirige a Jesús como “Señor”. Este apelativo debe haber significado mucho más que “Sr.”. De otro modo, no hubiese podido hacer la confesión que hizo: “puedes limpiarme”. Está seguro de que Jesús tiene este poder. Al decir “Si quieres” no está seguro de que haya este deseo en Jesús, pero se somete a la soberana disposición de Cristo. Pero le ruega y le implora que él también pueda ser objeto de la misericordia y del poder sanador de Cristo.

5. La actitud de Jesús

*Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano, lo tocó y le dijo:
—Quiero, sé limpio.*

El único que menciona esto es Marcos. Literalmente, la traducción debería ser “habiendo sido conmovido dentro de sí” (en sus “entrañas”). Nos quedamos asombrados ante el gran número de veces en que esta compasión de Jesús, esta ternura o expresión de su corazón en palabras y hechos de bondad, se menciona en los Evangelios. Son incontables las veces que Jesús “se compadeció”, o sea, padeció con los afligidos. Constantemente está tomando la condición de los afligidos como una “preocupación muy personal”.

Jesús vivía en medio de un pueblo que daba gran énfasis a asuntos legales triviales y en esto sus líderes eran expertos. En medio de esta superficialidad, Jesús sobresale como Aquel que pone énfasis “en los asuntos importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fe”. Las angustias de las personas son sus propias angustias. Ama tierna e intensamente a los afligidos y se muestra solícito para ayudarlos.

Dice el texto que Jesús extendió su mano, lo tocó y le dijo: “Quiero; sé limpio”. Repetidamente y con fraseología variada, los Evangelios hablan del toque sanador de las manos de Jesús. Sin embargo, a veces es el enfermo quien toca a Jesús. De cualquier modo, los enfermos fueron sanados. Con relación al poder sanador por medio del contacto físico, es evidente que del Salvador emanaba poder sanador y se transmitía a la persona que lo necesitaba. ¡Por supuesto que no era magia! El poder sanador no se originaba en sus dedos o en su ropa. Venía directamente del Jesús divino y humano, de su voluntad todopoderosa y de su corazón infinitamente bondadoso. El toque de Jesús tenía poder sanador por cuanto Él se compadecía y “puede compadecerse [ahora] de nuestras debilidades”. No nos debe pasar desapercibido que, de acuerdo a Marcos 1:41, cuando Jesús extendió su mano para tocar al leproso, lo hizo “compadeciéndose de él”.

La necesidad y fe del leproso halló respuesta inmediata en el gran deseo que Jesús tenía de ayudarle. Esta prontitud era tal, que el poder y el amor se enlazaban entre sí.

Se dice a veces que entre las palabras del leproso y las de Jesús hubo perfecta correspondencia. Esto es verdad en el sentido de que las dos expresiones no están en conflicto, sino que se hallan en perfecta armonía, revelando aun cierta identidad en fraseología. Pero también se podría decir que las palabras del Señor van más allá de la simple “armonía”. Indudablemente que las palabras del leproso “puedes limpiarme” hallan eco en la respuesta de Jesús “¡Por supuesto que puedo!” implícita en su acto de curación. Pero las palabras del le-

proso, “si quieres”, son reemplazadas por aquel veloz y espléndido “Quiero”. Aquí al “querer” se le añade el “poder”, se quita el “si” y se suma el “Sé limpio”. Todo esto transforma una condición de enfermedad horrenda en una de salud robusta.

6. El milagro

Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio.

Lucas indica que la lepra lo dejó; Mateo dice que fue limpiado; Marcos menciona ambas cosas. Las curaciones realizadas por Jesús eran completas e instantáneas. La suegra de Pedro no tuvo que esperar hasta el día siguiente para ser sanada de su fiebre. El paralítico comienza inmediatamente a caminar, llevándose su camilla. La mano seca es restaurada al instante. El endemoniado que momentos antes había actuado enloquecido cortándose con las piedras, es sanado de inmediato y en forma total. Lo mismo se dice con respecto a la mujer que tocó el manto de Jesús. Aun la hija de Jairo, que ya estaba muerta, al instante es restaurada a la vida, de modo que se levanta y comienza a caminar. ¡Que los sanadores de hoy imiten esto! ¡Que sanen toda enfermedad de inmediato! Sí, que levanten muertos, porque si su pretensión de poder hacer lo que Jesús hizo y lo que mandó a sus apóstoles a hacer está vigente hoy, deberían resucitar también a los muertos. Sin embargo, hasta aquí no han tenido éxito. En realidad, ni siquiera han podido deshacerse de la muerte por la mera negación de su existencia.

7. Las instrucciones posteriores

Entonces lo despidió en seguida, y le ordenó estrictamente:

—Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.

Jesús no quiso que el hombre divulgara cómo y quién le había limpiado. No se nos han revelado la razón (o razones) de esta prohibición. Una tal vez podría ser que el Maestro deseaba ser conocido como “el que trae las buenas nuevas” y no como el “obrador de milagros”. Antes que nada es la palabra, es el mensaje lo que salva, cuando el Espíritu Santo lo aplica al corazón. Además, también se quiere evitar que un entusiasmo exagerado respecto a Jesús como obrador de milagros, lo lleve a una crisis prematura. El Señor va morir por su pueblo. Pero la “hora” decretada para esto aún no había llegado. De modo que el hombre fue enviado a ir a Jerusalén para mostrarse al sacerdote. Esto incluía la obligación de llevar la ofrenda requerida. Como detallamos antes, esta ofrenda consistía en dos avecillas vivas, limpias. Una debía ser sacrificada. La otra avecilla debía ser bañada en su sangre y luego soltada. El hombre sanado debía ser también rociado con la sangre de la avecilla muerta; no sólo una, sino siete veces. Finalmente se le declaraba sano.

Al oír los sacerdotes que Jesús era quien había curado a este hombre en forma tan completa e instantánea, habrían recibido un testimonio irrefutable del poder y amor de Jesús. Se darían cuenta también que, aunque condena las tradiciones humanas que hacían nula la santa ley de Dios, Jesús no era desobediente a la ley.

8. El hombre recién sanado no obedeció

Pero, al salir, comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.

En el versículo 40 vemos al leproso comportándose muy correctamente. En el versículo 45, lo vemos comportándose muy mal. Mediante esta acción de inexcusable desobediencia privó a muchas ciudades de las bendiciones que les hubiesen llegado, si Jesús hubiera podido entrar a ellas. No obstante, venían a él de todas partes. La obra de Jesús no se interrumpió totalmente.

No debemos poner nuestra atención en el leproso, sino en Aquel que otorgó el favor y que estuvo dispuesto a derramar tan inestimable bendición sobre un hombre tan indigno.

9. En conclusión

Aquí tenemos una de las escenas más reveladoras de Jesús:

- i. No rechazó a una persona que estaba quebrantando la Ley. El leproso no tenía derecho a acercársele y hablarle, pero Jesús no le rechazó. Salió al encuentro de una necesidad humana con una compasión comprensiva.
- ii. Jesús extendió el brazo y le tocó. Tocó a un hombre intocable, porque era inmundo. Para Jesús no lo era; era simplemente un alma humana con una necesidad desesperada.
- iii. Después de limpiarle, Jesús le envió a cumplir las normas legales. Él cumplía las leyes y la justicia humanas. Él no desafiaba impunemente los convencionalismos; sino, cuando era necesario, los aceptaba y cumplía.

Aquí vemos la compasión, el poder y la prudencia de Jesús en perfecta armonía. Muchos se preguntan cómo era Jesús en su diario vivir. Podríamos afirmar que era severo con los hipócritas, divertido con los niños y compasivo con los dolientes. Era un Maestro que vivía sus enseñanzas. Esto nos confronta porque si Él era así, entonces nosotros, sus discípulos, debemos ser así.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995